

Planes estratégicos para el Ártico: geopolítica, recursos y neocolonialismo

Strategic plans for the Arctic: geopolitics, resources and neocolonialism

Miguel Madueño Álvarez¹

¹ Universidad Rey Juan Carlos, España

miguel.madueno@urjc.es

RESUMEN. En este artículo se analiza la situación actual del Ártico desde su dimensión geopolítica a partir de las políticas estratégicas emanadas por los gobiernos de los principales actores -Ártico-5 y China. El objetivo es realizar un análisis comparativo de los distintos planes estratégicos en función de la situación geográfica y del estatus internacional de cada uno de sus protagonistas, para desvelar las intenciones e interacciones de los gobiernos implicados en la región en cuanto al aprovechamiento de los recursos y al tratamiento de sus habitantes.

ABSTRACT. This article analyses the current situation of the Arctic from its geopolitical dimension, based on the strategic policies issued by the governments of the main actors -Arctic-5 and China. The aim is to carry out a comparative analysis of the different strategic plans according to the geographical situation and the international status of each of the protagonists, in order to reveal the intentions and interactions of the governments involved in the region in terms of resource exploitation and the treatment of its inhabitants.

PALABRAS CLAVE: Ártico, Geopolítica, Estrategia, Arctic-5, Neocolonialismo.

KEYWORDS: Arctic, Geopolitics, Strategy, Arctic-5, Neocolonialism.

1. Introducción

El deshielo paulatino del Ártico, cuyas previsiones para los próximos treinta años auguran una retirada parcial del albedo polar en los meses estivales, ha provocado un reciente interés por la región, sostenido en la aparición de nuevas fuentes de recursos naturales y en la apertura de rutas comerciales (Doods, 2010). Los gobiernos de los países ribereños, denominados comúnmente como Artic-5, integrantes del Consejo Ártico (CA) y otros estados como China, se han interesado por la región y la ventana de oportunidades económicas que crecen mas rápido que el propio deshielo (Díaz González, 2018: 100).

A través de sendos documentos estratégicos, estas naciones -Estados Unidos, Rusia, Canadá, Dinamarca y Noruega-, así como China por su papel como potencia mundial, han convenido fijarse en una región hasta ahora ignota y olvidada, centrándose en varios pilares comunes, que salvando la especificidad de cada uno de ellos, podrían resumirse en:

1. Aumento de la seguridad por medio de la implementación de activos militares y logísticos.
2. Crecimiento del volumen económico en la región con el fin de garantizar un mayor peso en la respectiva política nacional y mayor en el contexto internacional.
3. Medidas sociales para mejorar la vida de sus habitantes -la mayoría poblaciones nativas, hasta ahora defenestradas-, con el fin de salvaguardar la presencia nacional en la región.
4. Fomentar el interés por el medio ambiente y advertir sobre los efectos del cambio climático.

Partiendo de estos documentos surgen una serie de cuestiones, cuya respuesta es objetivo de este trabajo y constituyen las hipótesis y preguntas de investigación principales. En primer lugar, el determinismo geográfico y el estatus internacional configura la actuación de cada uno de los estados analizados. China aboga por el cumplimiento de las normas internacionales de libre navegación y por una participación de estados árticos y no árticos por tratarse de un problema global, pero cabe preguntarse: ¿esbozaría China estas pautas si fuera un estado ribereño? Países como Canadá o Rusia se muestran muy celosos en salvaguardar sus intereses, apostando por su situación geográfica, beneficiados por ser los estados con más kilómetros de costa, y aunque respetan las normas internacionales, defienden el derecho de reclamación de aguas territoriales a partir de las plataformas continentales.

Estados Unidos ampara una gobernabilidad internacional y de cooperación bajo las mismas instituciones supranacionales que le han servido desde el final de la Segunda Guerra Mundial para mantener la hegemonía global; cuestión que Noruega apoya sin abandonar un interés nacional en el control de su soberanía; y Dinamarca, arrastrada hasta el Ártico a través de su territorio autónomo -Groenlandia-, apuesta por un punto medio entre el atlantismo y el europeísmo. Cada una de las naciones se manifiesta en base a su posición actual, tanto geográfica como internacional, que podría cambiar en la medida en la que se transformasen sus posibilidades de ostentar un mayor poder en el Ártico.

Los planes estratégicos, escritos con elocuentes palabras sobre integración, cooperación y protección del medio ambiente, no ocultan que el propósito subyacente de los actores del articulo es la utilización de discursos ambientales para servir a sus propios intereses nacionales (Wang, 2020). El objetivo principal es el control de los recursos y las rutas comerciales y la utilización de las poblaciones autóctonas como herramientas para conseguir una mayor presencia en la región. En todos los documentos se menciona la importancia de respetar la soberanía de las poblaciones nativas, hasta ahora olvidadas. El reciente interés por la región pone de manifiesto también que las zonas árticas están poco pobladas y que sus habitantes sufren los efectos de prereritas políticas colonialistas por parte de sus propios estados. Las poblaciones sami de Noruega, los indios americanos residentes en Alaska y el norte de Canadá; o las tribus de la Siberia rusa han sufrido la persecución, el aislamiento y la desigualdad con respecto a sus compatriotas. Sin embargo, ahora se convierten en una pieza clave para poblar y mantener una región en la que nadie quiere vivir (por el momento), pero se erige como un requisito para garantizar la presencia nacional. Resulta incómodo, tal vez, preguntarse si estamos ante un neocolonialismo de asentamiento. Durante el siglo XIX todas estas poblaciones fueron relegadas a los rincones

más inhóspitos del planeta y ahora que esas regiones se han vuelto importantes podrían ser expulsados, aculturados o sometidos por sus propios estados.

Y la tercera cuestión, no menos importante, es el control de los recursos naturales y las rutas comerciales. Los documentos no se centran en el detalle, pero apuestan por la soberanía de los estados y la seguridad de sus fronteras, con el objetivo principal de controlar la riqueza del Ártico. El deshielo deja al descubierto nuevas oportunidades. El Polo Norte esconde un porcentaje nada desdeñable de reservas de hidrocarburos que los estados ansían controlar pues suponen el ochenta por ciento de la energía demandada a nivel global (Olabe & González, 2008: 177), pero que al mismo tiempo, requieren unas inversiones estratosféricas que ascienden a 26 billones de dólares y la dificultad de operar en un entorno hostil (Rivas, 2021: 167). El control de las rutas comerciales también es esencial pues el noventa por ciento del transporte mundial es marítimo (Sorensen & Klimenko, 2017). Rusia y Canadá pretenden, por medio de las rutas del Norte y del Noroeste, tener un mayor protagonismo, mientras que el resto de los países apuestan por la libertad de navegación y el respeto por las normas marítimas vigentes. Tampoco debemos olvidar la construcción de infraestructuras y el fomento de un turismo ártico cada vez más boyante (Fisas, 2019: 45), con lo que surge una tercera cuestión: ¿es compatible un modelo de explotación industrial y un turismo de gran alcance con el respeto de las poblaciones nativas y del medio ambiente? Los gobiernos idean modelos sostenibles pero el interés económico de las grandes empresas estará, indudablemente, por encima de la sostenibilidad.

En este trabajo se ha utilizado un método de análisis comparativo entre los seis documentos publicados por los gobiernos del Artic-5 y China. Se han elegido estos países por ser los más activos en el control del Polo Norte y los que tienen una mayor proyección en la región. El artículo se estructura en un epígrafe destinado a cada uno de los estados analizados en los que se menciona su importancia en el contexto de la lucha por el Ártico así como en su relación con el resto de los actores, buscando responder a las tres cuestiones planteadas: la importancia geográfica y política de sus estados; el interés por las riquezas y recursos escondidos bajo la placa polar; y la instrumentalización de los pueblos autóctonos y nativos.

2. Federación Rusa

La vinculación de la Federación Rusa al Ártico es evidente y lógica. A pesar de que la carga demográfica se sitúa en torno al oeste de los Urales, la estepa siberiana guarda una relación directa como nexo con el Polo Norte. Durante los días del imperio ruso la barrera infranqueable de hielos limitó la importancia de la región, recuperada en parte por la Unión Soviética, especialmente desde el punto de vista geoestratégico -por ser la distancia más corta con Estados Unidos (Díaz González, 2018: 98)-, pero no pasó de un interés militar y de explotación de recursos en algunas regiones de Siberia como la península de Yamal.

El cambio climático y las predicciones de un deshielo a medio plazo confieren al Ártico una importancia vital para la Federación Rusa, que comparte varios miles de kilómetros de costa con el Océano Glaciar Ártico, el control costero de la Ruta del Norte y el probable acceso a una mayor bolsa de recursos gasísticos y petrolíferos. Por ello, el gobierno de Vladimir Putin publicó, en 2020: *Strategy for the development of the Arctic zone of the Russian Federation and ensuring national security for the period up to 2035* (en adelante Mehdiyeva, 2020). En este, el gobierno de la Federación de Rusia se apoya en varias cuestiones esenciales para comprender su interés por mantener la soberanía sobre el Ártico, que alertan sobre dos puntos: las debilidades que deben ser corregidas y los planes para desarrollar una política eficaz sobre el Polo Norte.

Resulta evidente que la visión del gobierno ruso se centra en una posición de dominio sobre el Ártico determinada por su privilegiada posición geográfica, en cuyo ámbito se ha mostrado muy agresiva, como muestra el hecho de que plantaran una bandera rusa en el fondo marino como medio de reivindicar la plataforma continental (Martínez Laínez, 2014: 52) El Consejo Ártico, creado tras la declaración de Ottawa de 1996, establecía como miembros de este a los estados que estaban por encima del paralelo 66: Rusia, Noruega, Estados Unidos (por Alaska), Dinamarca (por Groenlandia), Canadá, Finlandia, Suecia e Islandia, siendo los cinco primeros conocidos como Artic-5, con mayores privilegios por ser ribereños. A estos se unieron

comunidades indígenas propias de las regiones árticas, mayoritarias entre la demografía de la zona y poco tiempo después, en 2013, una serie de estados observadores entre los que figuraban varios países europeos y asiáticos (Bloom, 1999). De todos ellos, Rusia es el que tiene una mayor proyección hacia sus aguas heladas, pero al mismo tiempo, una ingente cantidad de problemas para llevarla a cabo.

El documento se plantea sobre la necesidad de “implementar las Bases de la Política Estatal de la Federación de Rusia en el Ártico (...) y determinar medidas para lograr las principales tareas de desarrollo de la zona ártica y garantizar la seguridad nacional” (Mehdiyeva, 2020), lo que pone de manifiesto que Moscú pretende la integración de una región que había estado aislada durante décadas, que conecte con la Federación Rusa. Se exponen una serie de debilidades como un entorno climático hostil, la desigualdad social y el retraso económico e industrial, que hace inviable un plan sin contar con la población autóctona, otrora relegada a un papel secundario. Estas poblaciones, que apenas suponen cuatro millones de habitantes (Fisas, 2019: 83), son las únicas capaces de vivir en esas latitudes convirtiéndose en la piedra angular de los planes del Kremlin.

Putín es consciente de que la zona siberiana y el Ártico guardan el ochenta por ciento de las reservas petrolíferas y el trece de las gasísticas de la Federación Rusa, y que desde sus puertos, hasta ahora congelados la mayor parte del año, se podía proyectar el control de la Ruta del Norte, que une Asia Oriental y Europa, reduciendo el tiempo y ahorrando costes en al menos un tercio (Holz et al., 2022). El documento se ampara en la necesidad de ejercer una soberanía real sobre el territorio para salvaguardar el medio ambiente y el patrimonio que suponen los 19 pueblos nativos que habitan la región, hasta ahora tratados como minorías y, como delata el texto, sumidos en fuertes desigualdades provocadas por la inacción de Moscú en políticas sociales y económicas.

Con ayuda financiera y una potenciación de la industrialización en la zona, pretenden reducir los movimientos migratorios, el índice de desempleo, aumentar el nivel y esperanza de vida, las infraestructuras, las comunicaciones y los transportes, y conseguir, en todo caso, establecer una sociedad fuerte desde la que poder ejercer una soberanía sobre la región, que sea eminentemente rusa y frene la migración desde la frontera china (Marcu, 2010). Esa es la primera fase del plan estratégico de Moscú como la base de otro general para controlar el Ártico. No obstante, tras el reconocimiento a nivel interno, la Federación Rusa expone en su documento la necesidad de uno internacional basado en la cooperación y los tratados con otros estados. La invasión de Ucrania de 2022 ha frenado dichas expectativas y reducido el número de países del Consejo Ártico con los que Rusia puede cooperar. Hasta 2014, una vez superado el litigio en el mar de Barents, Moscú pudo colaborar con Noruega en cuestiones relacionadas con la tecnología necesaria para la explotación del ártico, en la que Oslo es pionera, pero una vez iniciada la anexión de Crimea y especialmente desde la invasión de Ucrania, la actividad diplomática se ha detenido. Entre el paquete de medidas impuestas contra Rusia, el resto de los integrantes del CA abandonaron cualquier actividad bajo la presidencia rusa del consejo.

Las puertas a posibles negociaciones han virado hacia Asia, concretamente hacia China, que se ha visto favorecida por el aislamiento de Rusia. China, un país interesado en el Ártico, ha encontrado en Rusia la forma de acercarse al Polo Norte a través de una serie de alianzas que pasan por unir la tradicional Ruta de la Seda con la Ruta del Norte en una rebautizada Ruta de la Seda Polar. Volviendo al documento, Rusia expone la necesidad de pactar con países que garanticen sus propios intereses e incluso hacerlo con organizaciones supranacionales, probablemente refiriéndose a la ONU. Su posición geográfica privilegiada obliga a Rusia a convenir que está de acuerdo con las normas marítimas y de libre navegación, pero siempre a partir de aguas territoriales excluidas de su plataforma continental, sobre la que tienen derecho de reclamación (Mehdiyeva, 2020). Tampoco olvida mantener sus derechos de explotación sobre las islas Svalbard -bajo soberanía noruega- y garantizar su participación en el CA, liderando programas de rescate conjunto, protocolos de emergencias y planes de cooperación, que, evidentemente, la guerra de Ucrania ha dejado a un lado.

Uno de los principales puntos que emprende Rusia con este documento es la necesidad de garantizar la seguridad en la región, a tenor de la escalada de posiciones de otros actores y de la que también el Kremlin es



responsable (López Coca & Morcillo, 2022: 99), que se resume en el implemento de las fuerzas armadas y una modernización de sus bases militares y dispositivos móviles. Se trata de incrementar la presencia militar y adaptarla a las duras condiciones del ártico. Esto se traduce en la recuperación de bases militares abandonadas tras el final de la Guerra Fría y la creación de otras nuevas; botar rompehielos militares y flotillas de submarinos; e incrementar las tecnologías de información y comunicación necesarias para fortalecer la presencia armada de Rusia.

Con ello se puede proteger otra parte del plan, que obedece a las infraestructuras críticas. Desde el puerto de Múrmansk, único operativo durante gran parte del año y nexo principal con el norte de Europa, coordinar la actividad comercial al tiempo que los centros de explotación y producción comunican, a través de redes de carreteras y vías férreas, las zonas de Carelia, Nenets-Yamal, Komi, Yakutia, Krasnoyarsk y Arkhangelsk (Mehdiyeva, 2020). Los puertos comerciales marítimos de Murmansk, Arjangelsk, Amderma, Dikson, Tiksi y Pevet se combinan con otros fluviales como Dudinka, Igarka y Jatanga, que apoya con las bases de Nueva Zembla, Tiksi, Vorkuta, Aykel, Anadyr y Alexandra Landa, todo ello dirigido desde Severomorsk (Conte de los Ríos, 2018: 926-928).

Un plan que a nivel interno supone su disposición en tres fases: la primera abordaría el desarrollo económico de las regiones árticas y colindantes al ártico igualándolas al resto de la Federación, para lo que es esencial el uso de la población autóctona, minoritaria, pero única capaz de vivir en tales latitudes y cuya fecha está limitada hasta 2025; la segunda, en solo cinco años, hasta el 2030, supondría la modernización de la región en todos los ámbitos; y la tercera, hasta 2035, el asentamiento de un sistema económico e industrial capaz de competir con los intereses de otras potencias, hasta el punto de hacer de Rusia un actor independiente de estos (Mehdiyeva, 2020). Pero el gobierno de Putin es consciente de la inversión necesaria para llevar a cabo su plan y la necesidad de atraer inversores al norte de Siberia y al Ártico. Grandes consumidores de gas licuado e hidrocarburos como China, Japón y Corea del Sur son y serán parte necesaria para los planes de Moscú, por lo que ambas partes se necesitan (Ovalle & Salazar, 2016: 16). Es algo visible en la explotación de la península de Yamal, en la que el capital ruso se estanca en un cincuenta por ciento a través de grandes empresas nacionales mientras que la participación china asciende a más del veinte, con empresas como la National Petroleum Corporation (Díaz González, 2018: 96).

Quizá, si la decisión de invadir Ucrania no hubiera asaltado las necesidades estratégicas del Kremlin, el plan habría funcionado. Halford Mackinder, pensador de la teoría del Heartland, que suponía el centro de Asia, concretamente la zona controlada por Rusia, como el área pivote desde la que podría controlarse el mundo, auguró una situación parecida para Rusia y alertó de los mismos problemas (Mackinder, 1904). Su sucesor, Nicholas Spykman, apuntó falta de infraestructuras, deficientes comunicaciones y problemas estructurales graves (Spykman, 1969) en el centro de Asia, cuestiones que el gobierno de Putin ha sabido vislumbrar y plasmar en el documento, pero que otros hechos como el enfrentamiento con Occidente, dejan de nuevo en suspenso. Tienen las soluciones, pero no poseen ni los medios ni las circunstancias para hacer del Ártico una región próspera y competitiva, más allá de una militarización acelerada y de una explotación poco sostenible.

3. Canadá

Canadá es el siguiente país con más kilómetros de costa ártica y, por tanto, su interés en mantener la soberanía sobre su territorio septentrional y la proyección sobre el Polo Norte es real. Con menos de cuarenta millones, la demografía canadiense se concentra en la frontera con Estados Unidos y las regiones norteañas son ocupadas por pueblos indígenas. Sin embargo, las oportunidades de acceder a mayores recursos naturales y de controlar la ruta del Noroeste que está provocando el deshielo estacional, ha supuesto que el gobierno de Ottawa fije su vista en la región como una prioridad innegociable (Ovalle & Salazar, 2016: 24).

Tradicionalmente, Canadá es aliada de Estados Unidos y está integrada en las organizaciones supranacionales occidentales, por lo que su apuesta por el Ártico obedece a una razón muy concreta: dejar

clara su soberanía sobre la región y poner en valor los privilegios que le ofrece su posición geográfica (Palacian de Inza y García Sánchez, 2013: 92). Por ello, ante los movimientos de otros países y la creación del CA en 1996, el gobierno de Canadá publicó, en 2017, Arctic and Northern Policy Framework (en adelante Government of Canada, 2017). Con este texto pretendía preservar su derecho de explotación sobre el Polo Norte a través de sus regiones septentrionales, tanto para convencer a su población de la importancia nacional como para dejar claro a sus socios que por más que respetará las normas internacionales y apostase por la cooperación, no renunciará a sus derechos territoriales.

En una línea análoga a las políticas rusas, el gobierno de Canadá apuesta, en su documento, por una mayor integración y desarrollo del norte para evitar las desigualdades crónicas que se han producido siempre. El componente indígena en Canadá y en Estados Unidos con referencia a Alaska, tiene un papel protagonista ya que muchos de esos pueblos: metis, inuit y yukones, fueron desplazados y sometidos por el gobierno canadiense mediante una política de colonialismo de asentamiento durante buena parte del siglo XIX. Ottawa, sin embargo, es consciente de la necesidad de utilizar a esas poblaciones en la sociedad canadiense, eliminando las diferencias que puedan existir, con el objetivo de crear una base social y económica en la región desde la que el poder crecer hacia el Polo Norte.

El nivel de atraso es tal que la Asociación de Comunidades del Yukon advertía: "Con solo 1 acceso a Yukón, 1 paso en falso de un operador de retroexcavadora en Columbia Británica elimina Internet en todo el territorio. Ninguna telesalud, banca, compra de gasolina o suministros, educación en línea y uso general de oficina, desaparecieron en un instante" (Government of Canada, 2017).

Por ello, la sanidad, la educación, las medidas sociales de todo tipo, el fomento de infraestructuras y de la industrialización con el objeto de elevar el nivel de desarrollo del norte es una cuestión crucial para Canadá que supone que "el nuevo enfoque pone el futuro en manos de las personas que viven allí para hacer realidad la promesa del Ártico y el Norte" (Government of Canada, 2017).

Una vez asegurado el desarrollo de la región, Ottawa se centra en la compleja política internacional con una visión híbrida entre el respeto a las normas marítimas y la cooperación con los socios del CA, con un celoso posicionamiento respecto al espacio ártico y a su soberanía sobre el mismo. Canadá fue uno de los estados que se negó a la entrada de la Unión Europea como ente supranacional en el CA, por considerar una amenaza la descompensación que ello hubiera provocado en el equilibrio de poderes (López Coca & Morcillo, 2022: 93). Así, la cumbre celebrada en Ilulissat en 2008 y rubricada por el Artic-5, reconocía el derecho internacional de navegación y las consiguientes reivindicaciones, pero ponía el acento en reconocer la territorialidad de las aguas en torno a la extensión de las plataformas continentales y, por tanto, la confirmación de que el Ártico debía seguir gobernándose a través de los miembros del CA. Canadá, obviamente, firmaba esta declaración por gozar de una posición geográfica que de no haber tenido, no habría considerado tan apropiada, pero al estar involucradas en la firma Estados Unidos y Rusia, así como dos naciones europeas de peso como Noruega y Dinamarca, la cuestión quedó zanjada.

Por ello, Canadá puesta por "fomentar la paz, la seguridad y la estabilidad del Ártico circumpolar (...) asegurando que el Ártico y el Norte canadienses y su pueblo estén seguros, protegidos y bien defendidos" (Government of Canada, 2017), dejando claro que el uso de la fuerza para garantizarlo no estará excluido de su planteamiento estratégico. En este punto se desmarca, en parte, de la tutela estadounidense que ha dominado la política canadiense durante todo el siglo XX, considerando que sus intereses son mayores que los de Washington, accesible al Ártico a través de Alaska, y vitales para su política nacional. Y lo hace con la vigilancia activa del Ártico a través del el Radarsat-2 y la base de Baffin (Conte de los Ríos, 2018: 926).

Probablemente, la geografía tenga otra la vez la palabra, pues la ruta del Noroeste, a diferencia de la ruta del Norte que transita la costa rusa, no es abierta, sino que transcurre entre un entramado de islas cuya jurisdicción es netamente canadiense (Del Valle, 2015: 12). Abogan por un control de estas amparándose en motivos de seguridad: "como estas vías fluviales son aguas internas de Canadá, Canadá continuará



administrando el tráfico de embarcaciones dentro de nuestras aguas nacionales para garantizar que la navegación se realice de acuerdo con nuestros rigurosos estándares de seguridad y protección ambiental” (Government of Canada, 2017).

En resumen, Canadá ha planteado un plan estratégico que pasa por modernizar y desarrollar a una sociedad -fundamentalmente nativa-, a los mismos estándares que el resto del país, para tener una base sólida desde la que poder ejercer su soberanía en la región. Mientras lo consigue, mantiene una celosa predisposición a controlar su costa, pese al respeto a las normas de navegación internacionales, y proyecta sobre el Ártico una fuerza militar naval y aérea que monitoriza y vigila continuamente su espacio.

4. Noruega

Noruega es el estado europeo más septentrional y el único -con la excepción del territorio autónomo de Groenlandia- bañado por las aguas del Ártico. Su posición geográfica ha supuesto un país expuesto a una singular climatología que no alberga a más de cinco millones de habitantes, pero las nuevas perspectivas de deshielo configuran un espacio único y diferenciado del resto del viejo continente, más, si cabe, cuando tampoco es miembro de la UE. Esta circunstancia conlleva, de partida, un estado soberano con recursos naturales propios al margen de la legislación comunitaria que ha fijado sus objetivos en las áreas septentrionales vinculadas al Océano Glaciar Ártico: “la política exterior e interior convergen en el Ártico” (Government.no, 2021). Por ello, Noruega es un país pionero en técnicas de explotación en entornos climáticos hostiles que ha trabajado con la Federación Rusa hasta la crisis de Crimea de 2014 (Flikke, 2011) y que está plenamente integrada ya que el 35% de su territorio y el 9% de su población vive más allá del paralelo 66 (Palacian de Inza & García Sánchez, 2013: 94).

El componente étnico no es tan visible ya que la mayor parte de la población es noruega y una minoritaria, habitante especialmente del norte, es lapona. A diferencia de Rusia, Canadá o Estados Unidos, no ha existido una persecución abierta ni una aculturación de las sociedades laponas -sami-, pero si se observa un abandono paulatino de la región que el gobierno noruego trata de solucionar. Las poblaciones sami están adaptadas para el clima extremo y Oslo ha considerado necesario mantener un desarrollo sostenible y perspectivas de futuro que garanticen que la población siga residiendo y produciendo en la región. Al igual que Rusia y Canadá, el interés está en crear una sociedad fuerte y competitiva para garantizar la proyección sobre el norte y los pueblos nativos -esta vez el sami- son necesarios.

El documento The Norwegian Government's Arctic Policy (Government.no, 2021), publicado en 2021, resulta interesante comparado con el resto de los planes estratégicos anunciados por otros países porque argumenta la posición de Noruega en virtud de los actores internacionales, de acuerdo con la afirmación de que “la situación de poder de un estado no depende de sí mismo, sino de los demás” (Peritore, 2010: 3). Así, mientras que los documentos rusos, canadienses y estadounidenses mencionan el ámbito internacional, se centran esencialmente en el desarrollo de sus propias regiones como principal elemento de fuerza del Ártico. El gobierno de Oslo, en una posición de inferioridad y en medio del tradicional enfrentamiento entre la OTAN y la Federación Rusa, analiza a cada uno de los actores internacionales y basa su posición ártica en su relación con ellos. Dedicó epígrafes a la Federación Rusa, a Estados Unidos y a la UE, erigiéndose como un país soberano que debe mantener su posición en concierto con todo lo que le rodea.

Para ello, Noruega se centra en una defensa a ultranza de la cooperación internacional y de formar parte de organizaciones supranacionales. Para Oslo, la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar proporciona el marco fundamental para crear un espacio de convivencia en el Ártico, lo que garantizaría un conjunto de normas básicas para que tanto los estados árticos como los no árticos, puedan aprovechar las oportunidades de la región. Pero con el mismo argumentario, Noruega se ampara en su derecho soberano a explorar, explotar, conservar y gestionar su plataforma continental hasta 200 millas náuticas desde su costa.

El gobierno se muestra celoso en la que sus yacimientos petrolíferos -una de sus grandes riquezas naturales-

solo puedan ser explotados con su consentimiento. Por ello, desde hace dos décadas, Noruega ha cerrado acuerdos de delimitación territorial con Islandia, Dinamarca y Rusia y especialmente con Moscú, mantiene una relación doble: por un lado salvaguardando pactos en materias como el medio ambiente, la explotación de los recursos o el salvamento conjunto; y por otro de distancia a raíz de la agresiva política exterior de Rusia en Ucrania. En realidad, la disyuntiva entre la cooperación Internacional y la búsqueda de la soberanía y el posicionamiento en el ártico, está presente en todos los países implicados (Ovalle & Salazar, 2016: 23).

Esta doble vertiente garantiza el buen funcionamiento de sus políticas y una reducción de la tensión en el Mar de Barents y en las islas Svalbard, bajo la soberanía noruega, pero con cuotas de participación en la explotación de recursos como la pesca por parte de otras naciones, entre las que figura Rusia. Así mismo, Noruega reconoce (Government.no, 2021) que la cooperación internacional se ha visto alterada por el enfrentamiento de Rusia y la OTAN y que las políticas proteccionistas están aumentando, ligadas a una suerte de neorrealismo que aboga por la fortaleza y protagonismo de los Estados.

A Noruega le preocupa la renovación de las fuerzas armadas rusas en el ártico, quizá más que su política exterior en el Mar Negro y advierte de la creación de bases aéreas y navales, la implementación de submarinos estratégicos y de flotas de rompehielos que pueden alterar el equilibrio de la región. Evidentemente, Noruega, como país soberano y fuera de la UE, debe protegerse de las interacciones de naciones más poderosas como Rusia, por lo que promueve un mayor protagonismo de la OTAN. Desde hace dos décadas, el gobierno de Oslo se muestra favorable a una mayor actividad de los países que considera aliados, especialmente la UE y Estados Unidos, tanto desde un punto de vista económico como militar. Noruega ha tratado de “mantener un equilibrio entre la disuasión y la seguridad frente a la Unión Soviética, y posteriormente a Rusia” (Government.no, 2021) por lo que su confianza en la OTAN es notable, sin olvidar que el fortalecimiento de sus propias fuerzas armadas es esencial para mantener su soberanía en caso de conflicto. Por ello, está invirtiendo en aviones de combate F-35, de patrulla marítima P-8 y en la construcción de nuevos submarinos.

No obstante, los países nórdicos se incluyen en un plan de defensa común conocido como Nordefco (Ovalle & Salazar, 2016: 26), de carácter defensivo, que trata compensar el hecho de no pertenecer a la UE y, por tanto, no sentirse amparada por las políticas de defensa comunitarias. A pesar de ello, su mayor aliado es Estados Unidos y su principal paraguas frente a cualquier amenaza sigue siendo la OTAN.

5. Estados Unidos

Estados Unidos es un país ártico gracias a su posesión más septentrional, Alaska, que constituye tan solo el cuatro por ciento del territorio ártico (Díaz, 2018: 9) y por tanto tiene una responsabilidad directa como miembro del CA y del Artic-5. Además, su posición como país hegemónico global, todavía muy distante de otros competidores como China, ve como el mundo que había creado y orquestaba desde el final de la Segunda Guerra Mundial a través de organizaciones supranacionales como la OTAN y de mecanismos económicos como el capitalismo, está en plena transformación. De un mundo regido por Washington a través de la exportación de la globalización, ha surgido otro, como efecto de esta, que presenta un orbe multipolar con países emergentes y líderes en sus zonas de influencia que plantean la pregunta sobre si el orden liberal esta en peligro (Conde Pérez, 2022: 130). China está a la cabeza de estas nuevas naciones que en un futuro no muy lejano estarán en condiciones de rivalizar con Estados Unidos y, por tanto, desde la Casa Blanca deben proteger sus intereses sin apartar sus ojos de ellos.

El Ártico no es una excepción. La oportunidad que ofrece el deshielo en cuanto a la explotación de recursos naturales y rutas comerciales ha despertado una carrera por el control de la región en la que Rusia o China ya están tomando posiciones, lo que obliga a Estados Unidos a movilizar a sus aliados para contrarrestar este avance si no quiere quedarse atrás (Díaz González, 2018: 99). En materia internacional “Estados Unidos quiere una región ártica pacífica, estable, próspera y cooperativa”, pero controlada desde Washington, al igual que ha hecho con el denominado “mundo libre” desde la segunda mitad del siglo XX. En el documento National Strategy for the Arctic Region (The White House, 2022), advierten de que la gestión del Polo Norte

“requerirá el liderazgo de Estados Unidos en el interior y en el exterior”, lo que supone, una vez más, el convencimiento de la Casa Blanca de manejar los hilos de la política internacional.

Para conseguirlo, Washington determina que su plan estratégico para el Ártico debe articularse en torno a cuatro pilares: Seguridad; Cambio climático y protección del medio ambiente; desarrollo económico sostenible; y cooperación internacional y gobernanza. A pesar de que el gobierno de Estados Unidos ha apostado desde hace décadas por una mayor autonomía de las tribus indias nativas, resulta llamativa la alusión que hacen de estas: “El cambio climático está haciendo que el Ártico sea más accesible que nunca, al tiempo que contribuye al aumento del nivel del mar, a la erosión de las costas, a la mayor frecuencia y gravedad de los incendios y al deterioro de los ecosistemas. Estas consecuencias amenazan los medios de subsistencia de los habitantes del Ártico y los estilos de vida tradicionales de las comunidades nativas de Alaska” (The White House, 2022). Esto supone la intención de proteger los derechos indios por un país que dedicó el siglo XIX y parte del XX a someterlos y recluirllos en reservas. En el caso de Alaska, las difíciles condiciones climáticas y la escasa presencia blanca en la región, permitieron que las tribus nativas se mantuvieran, relegadas a espacios que la Casa Blanca no anhelaba. Con Estados Unidos se alcanza el mayor ejemplo entre los países del Artic-5 de la utilización de las tribus indias como medio de conseguir una prosperidad en la región. Como Rusia y Canadá, apuestan por elevar el nivel de desarrollo de estas sociedades como punta de lanza de una base social desde la que tener presencia en el Ártico, elevando el nivel de vida, construyendo infraestructuras y haciendo más llamativa una vida en el norte.

Pero el plan estratégico de Estados Unidos en el Ártico se centra especialmente en las relaciones internacionales. Conscientes de que la agresión de Rusia en Ucrania -nombrada varias veces en el documento- es un impedimento para una gobernanza ideal, como muestra el hecho de que el CA ha estado detenido desde enero de 2022, Washington se centra en posicionarse como líder entre sus aliados. La OTAN, una organización que se encontraba en un cierto declive por el desencuentro de sus socios, ha hallado una nueva razón de ser a raíz de la invasión rusa de Ucrania. No solo se han cerrado filas en torno a la defensa colectiva sino que países como Finlandia o Suecia postulan una futura adhesión a la organización. Esto supone una mayor presencia en las fronteras rusas y un encorsetamiento del espacio postsoviético que Rusia anhela mantener y, por tanto, aumenta las tensiones.

Con respecto a China, también nombrada, se observa una clara preocupación al advertir que la “gama de actividades económicas, diplomáticas, científicas y militares” en la región y en varios tratados bilaterales es una realidad. Denuncian que “ha utilizado compromisos científicos para llevar a cabo investigaciones de doble uso con aplicaciones militares en el Ártico (...) La RPC ha ampliado su flota de rompehielos y ha enviado buques de guerra al Ártico por primera vez” (The White House, 2022). China, pese a su exponencial crecimiento, está muy lejos aún de igualar los valores económicos y estratégicos de Estados Unidos, pero es claro que la preocupación de Washington por una mayor presencia de Pekín en el mundo no es una excepción al hablar del Ártico. Y es una preocupación que crece al incluir la variable rusa en la ecuación, pues un posible pacto o alineamiento entre ambas naciones puede provocar un desajuste de los equilibrios de poder en Asia, donde Estados Unidos sigue manteniendo importantes cuotas de influencia.

Por ello, el mantenimiento de su liderazgo a través de una organización como la OTAN es clave para Estados Unidos, sin menospreciar la firme voluntad de colaboración bilateral con actores más próximos a la región como Canadá. Pese a ser el país hegemónico a nivel mundial, Rusia parece haber tomado la iniciativa en la modernización de sus fuerzas armadas en el Ártico y Estados Unidos, en este último documento, se ve en la necesidad de ampliar su presencia a través de una mayor militarización. En primer lugar, pretende una mayor comprensión del entorno operativo con la exploración y mejora de su geografía, la modernización del Mando de Defensa Aeroespacial, el desarrollo de las comunicaciones y la navegación. Por ello, Estados Unidos apuesta por implementar la flota de rompehielos -en cierta desventaja con respecto a Rusia- y mantener una presencia constante en la región. Pero más importante aún es maximizar los esfuerzos conjuntos con sus socios, es decir, potenciar, aprovechando la guerra de Ucrania, los lazos de los países miembros de la OTAN.

La posición geográfica de Estados Unidos y su privilegiada situación como país hegemónico a nivel global le proporciona también un puesto preminente en el CA. Defiende “el derecho, las reglas, las normas y los estándares internacionales y la libertad de navegación” (The White House, 2022), pero no olvida proteger sus derechos en virtud de esas mismas reglas internacionales, ya que posee una plataforma continental desde Alaska que le proporciona derechos de explotación que otras naciones no tienen.

Con todo, Estados Unidos pretende mantener el liderazgo mundial y ostentar también el ártico a través de organizaciones supranacionales como la OTAN y el CA, en un entorno cambiante, tanto por la proliferación de estados emergentes que constituyen un mundo multipolar, como por la transformación del hielo y la apertura de nuevas perspectivas en la región. Cuestiones que imposibilitaran el desarrollo de las políticas internacionales que tuvieron éxito en el siglo XX.

6. Dinamarca

La presencia danesa en el Ártico es a través del territorio autónomo de Groenlandia, nación constituyente del Reino de Dinamarca. Una isla que supera el cincuenta por ciento de su territorio más allá del paralelo 66 y está habitada por poco más de cincuenta mil habitantes. A partir de 2008, Groenlandia obtuvo poderes plenos en su gestión, sin embargo, en la actualidad, depende de las divisas danesas y esto hace que, de facto, la autonomía total esté en suspenso (Palacian de Inza & García Sánchez, 2013: 95).

Groenlandia es una de las reservas más importantes del mundo en tierras raras (Bergman, 2015) y posee importantes recursos naturales relacionados con la pesca y los hidrocarburos. A esto hay que añadir su importante posición geográfica en cuanto a una proyección ártica, por lo que algunos países se muestran muy interesados en su control. Uno de ellos es Estados Unidos. Tras una serie de tentativas por comprar la isla en 1867 y 1946, recientemente se repitió otro intento por parte del gabinete del presidente estadounidense Donald Trump (Cánovas, 2020), que siempre ha recibido la misma respuesta por parte de la administración danesa. China también tiene intereses en la región y de hecho, como parte de su estrategia One Road One Belt, ha firmado una serie de pactos bilaterales, trasladado a sus empresas a la isla y apoyado a las sensibilidades independentistas. De hecho, entre 2010 y 2013 se firmaron más de ochenta licencias de explotación en la isla (Fisas, 2019: 95). La interacción extranjera en Groenlandia puede ser el motivo de una desestabilización en la zona que dé lugar a la independencia de Dinamarca, pues la única razón por la que Groenlandia aún es danesa es porque sigue dependiendo económicamente de Copenhague (López Coca & Morcillo, 2022: 93).

Aunque a partir de 2008 los propios groenlandeses controlan la guardia costera y hacen labores de seguridad, la política internacional todavía está en manos de Dinamarca, que, preocupada por la situación en el Polo Norte y por el movimiento de sus vecinos en cuanto a Groenlandia, ha puesto en marcha una serie de políticas y planes estratégicos que sirvan para ejercer un mayor control sobre la isla y su preeminencia en el espacio ártico. Publicó, en 2011, el documento *Kingdom of Denmark Strategy for the Arctic 2011–2020* (en adelante Arctic Portal Library, 2011) en el que se mostraba inquieta por la situación ártica desde cuatro perspectivas: Seguridad, protección y soberanía; desarrollo sostenible de nuevas oportunidades económicas; cambios climáticos; y cooperación internacional, cuestiones todas ellas en la línea de las preocupaciones de los demás estados.

Dinamarca es un país perteneciente a la UE, pero su territorio dependiente, Groenlandia, es considerado un territorio de Ultramar con tratamiento especial. Este hecho y el de que en el CA, Groenlandia esté representada solo como parte de la delegación danesa y no como una entidad propia, causa cierto malestar entre la clase dirigente groenlandesa y aviva las expectativas independentistas. Por otro lado, la OTAN considera a Groenlandia como un espacio vital para su política de defensa comunitaria. Estados Unidos colaboró en la liberación de la isla durante la ocupación nazi en la Segunda Guerra Mundial y después obtuvo el beneplácito de Dinamarca para la construcción de varias bases militares entre las que destaca Thule. Por ello, la política danesa es claramente favorable a los tratados internacionales de defensa colectiva como la



OTAN, sin olvidar que también pertenece a Nordefco y se beneficia de la política comunitaria de la UE. Quizá pueda parecer excesivo, pero Dinamarca es un país pequeño de no más de cinco millones de habitantes con espacios vastísimos que gestionar y valora la amistad de sus socios por encima de todo.

En cuanto al CA, ha tenido algunos enfrentamientos con Canadá y Rusia a causa de la delimitación de la plataforma continental de Groenlandia, cuestión que esperan superar por medio de tratados como el del Mar de Barents entre Oslo y Moscú. Apuestan por las normas internacionales en cuanto a la libre navegación, pero al igual que los Artic-5, se muestran muy celosos en cuanto al control del territorio y de su plataforma continental. Sus planes estratégicos son muy parecidos a los noruegos y a los estadounidenses, confiando, como hemos visto, en cuatro puntos que apuestan por una combinación efectiva entre la cooperación internacional y el mantenimiento de la soberanía de las posesiones danesas.

7. China

China no es un país ártico, al menos desde una perspectiva geográfica, pero sus intereses en el Polo Norte son tan importantes como los de cualquier estado del Artic-5. La política china de las dos últimas décadas pone de manifiesto la intensa red de influencias que el gobierno chino está tejiendo a lo largo del globo. Deng Xiaoping estableció un plan para convertir a China en una potencia global, cuestión que se consolidó cuando, a partir de 2001, entro a formar parte integrante del comercio mundial como un estado emergente beneficiado por la globalización. Desde entonces, no ha dejado de crecer a un ritmo exponencial, acercándose a los valores estadounidenses cada año, con una previsión de alcanzar a Washington en torno al 2050 (Bustelo, 2005).

La política china se basa en la recuperación de la antigua Ruta de la Seda, tanto marítima como terrestre, a través de una serie de tratados bilaterales con países de todo el mundo en lo que se ha conocido como One Road One Belt (Conde Pérez, 2022: 141). El deshielo del Ártico ofrece dos cuestiones clave para el gobierno chino: recursos y vías de comunicación. China es un país demográficamente masificado que necesita recursos, especialmente energéticos basados en gas e hidrocarburos, por lo que su búsqueda constante de suministros le ha conducido a explorar todas las posibilidades. El Ártico abre una ventana de oportunidades a China, que podría importar recursos procedentes de Rusia o incluso, como ya hace, participar en la explotación de estos (Fisas, 2019: 84). Por otro lado, la apertura de la Ruta del Norte a través de la costa rusa significa una reducción de tiempos y costes en torno a un tercio de lo que requiere en la actualidad, por lo que China está interesada en potenciar ese camino. Para Pekín, diversificar los riesgos de perder una ruta es un éxito y abrir nuevos itinerarios conlleva minimizar problemas, especialmente cuando los estrechos de Malaca y Ormuz podrían ser fácilmente bloqueados por la armada estadounidense y sus aliados en caso de conflicto. Pero esencialmente porque China depende en gran medida del transporte marítimo.

Con todo, el Ártico es una región tan importante que China se declaró, en palabras de su presidente Xi Jinping, como un “estado casi ártico” en 2019. Su injerencia en la zona sea a través de sus tratados de amistad con Rusia -principalmente- o a costa de tratados bilaterales con otros países del CA es una realidad y anuncia la intención de China de acercarse a un espacio en el que se abren nuevas y prósperas posibilidades de negocio. Por ello, en 2018, el ejecutivo chino publicaba China`s Arctic Policy (English.gov.cn, 2018) resumiendo el plan estratégico del país para el espacio polar.

En texto se mueve entre expresiones que abogan por el respeto, la cooperación, el desarrollo sostenible y el diálogo. Sin embargo, la posición geográfica de China y su papel en el contexto global esconden una necesidad de acercamiento a los países árticos para despertar las simpatías de los gobiernos mundiales, que no se corresponde con la imposición de su influencia a nivel mundial a través de decenas de pactos bilaterales y de acuerdos que obran en su propio beneficio. La política ártica de china, por tanto, se sustenta sobre un poliedro que genera dudas en el exterior, especialmente entre los países competidores -UE y Estados Unidos. La invasión rusa de Ucrania ha reducido a la mínima expresión las relaciones entre Moscú y el mundo atlántico, lo que ha provocado un debilitamiento de su economía que China ha sabido leer. A través de la Organización de Cooperación de Shangai, China y Rusia ya unía sus esfuerzos en reducir el papel de Estados

Unidos en Asia, pero la guerra ha hecho mas íntima la relación bilateral entre ambos estados (Sáiz, 2009).

La apuesta de China es la economía. De esa forma han extendido su plan One Road One Belt a lo largo de la superficie terrestre sin verse involucrados en ningún conflicto armado, pese a que también desarrollan una militarización de las rutas con objetivos preventivos. Su plan estratégico para el Ártico se basa en la participación de China en el desarrollo de las rutas marítimas; en la explotación de petróleo, gas y minerales; en la pesca; y en los recursos turísticos. La integración de estos factores en la economía china es crucial y además está en sintonía con su plan a nivel global. Reconocen, no obstante, que los recursos localizados en el Polo Norte deben ser respetados en virtud de las leyes internacionales que rigen el CA y que respetan aguas territoriales y el uso de plataformas continentales, sin que esto sea impedimento para que China -y cualquier otro país-, tenga derechos “con respecto a la investigación científica, la navegación, el sobrevuelo, la pesca, el tendido de cables y tuberías submarinos en alta mar y otras zonas marítimas pertinentes del Océano Ártico, y derechos a la exploración y explotación de recursos” (English.gov.cn, 2018).

En este sentido, Pekín se ampara en que el Ártico es una zona de importancia tanto para los países árticos como para los no árticos, pues los efectos del cambio climático y del calentamiento global tendrán trascendencia en todo el globo. Tampoco olvidan las rutas comerciales que pueden abrirse a causa del deshielo, de las que, evidentemente, quieren aprovecharse. Abogan aquí, una vez más, por respetar los derechos internacionales, el tratado de Svalbard/Spitsbergen y la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, que garantizan la libre circulación de los barcos de cualquier país como ocurre en el resto de la legislación internacional y en los pasos delicados como Malaca, Ormuz, Suez o Panamá.

Una cuestión interesante es la mención de la ONU. Al igual que Estados Unidos o Noruega se inclinan por una mayor presencia de la OTAN, China, como miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, se muestra inclinada a apoyarse en dicho órgano, con la esperanza de poder usar su posición de poder. No obstante, para China es importante la acción del CA y se felicita a sí misma por la inclusión, a partir de 2013, como miembro observador aprovechando su influencia mundial (López Coca & Morcillo, 2022: 92), lo que no ha impedido que de manera paralela, haya firmado varios tratados bilaterales con países que forman parte del Consejo.

Se autodefinen así: “Geográficamente, China es un Estado cercano al Ártico, uno de los Estados continentales más cercanos al Círculo Polar Ártico” (English.gov.cn, 2018). Evidentemente, la geografía no juega a su favor, pero la trascendencia de China en el contexto internacional es tal que su economía ha terminado por alcanzar todas las latitudes. Se han dedicado con entusiasmo a ser un país activo en la gestión y participación en los asuntos árticos. Así, por ejemplo, desde 1999 se han desarrollado investigaciones científicas a bordo del buque Xue Long; en 2005 acogió la Semana de la Cumbre de la Ciencia del ártico y en 2013 pasó a ser miembro observador del CA. Pese a las acusaciones de Estados Unidos sobre su intromisión en el Polo Norte bajo el pretexto de la investigación científica, lo cierto es que China ha llevado a cabo múltiples expediciones y siempre se ha mostrado inclinada a la cooperación en investigación y preservación del medio ambiente.

En el documento, basa su política ártica en el respeto, aunque advierte que este debe ser recíproco y no atentar contra la libertad de ningún estado de llevar a cabo actividades en conformidad con las leyes internacionales; y por la cooperación como un medio de participación en la región, sin ceñirse a la regulada por el CA sino también a través de tratados bilaterales y puntuales como los desarrollados por el Asian Infrastructure Investment Bank, con la intención de hacerse indispensable en la economía regional (Chin, 2016). Y esto se ha convertido en una realidad cuando en 2010, firmó un tratado con Estados Unidos sobre el derecho del mar y las cuestiones polares que se celebra en forma de diálogo anual; en 2013 lo hizo con Rusia; y en 2012 se lanzó a importantes acuerdos directos con Islandia. También, en su calidad de estado no ribereño, ha emprendido conversaciones con países de la UE como Francia y Reino Unido y acuerdos trilaterales con Corea del Sur y Japón para promover la cooperación en el Polo Norte, que pueden traducirse en el interés de los tres estados de tomar partido en el uso de las rutas comerciales que provocará el inminente



deshielo (English.gov.cn, 2018).

La participación de China en el Ártico resuena con fuerza cuando se analizan los acuerdos con un pequeño país, Islandia, que es miembro del CA por una cuestión histórico-cultural. De pequeño tamaño y apenas poblada por 350.000 habitantes, Islandia posee una buena posición en cuanto a nivel de vida, pero afronta en soledad las duras condiciones de su latitud. Fuera de la UE, aunque socio preferente enlazado con Europa a través del Consejo Nórdico y el Nordefco, Islandia fue el primer país europeo en firmar un Tratado de Libre Comercio con China en 2014, abriendo las puertas a Pekín para internarse en una zona desconocida. Y algo similar ocurre en Groenlandia, donde los chinos han encontrado una oportunidad de entrada en base a las inversiones y al apoyo indirecto de una hipotética independencia del Reino de Dinamarca.

China parece dispuesta a participar activamente en el Ártico, pero al no ser un país ribereño, ni siquiera cercano al paralelo 66 que delimita el Polo Norte, debe transitar varios caminos para llegar a conseguirlo. Mientras intenta ser parte integrante del CA y apuesta por la cooperación y el diálogo, se mueve entre bastidores a través de tratados bilaterales para aumentar su influencia en la zona.

8. Conclusiones

A lo largo de las páginas anteriores se ha realizado un análisis de los aspectos más importantes reflejados en los documentos emanados por los distintos estados árticos y China, con referencia a sus planes estratégicos para la región. Encontramos seis propuestas distintas que mantienen puntos en común, pero que se centran en las particularidades de cada uno de los estados analizados y, de hecho, condicionan que estas sean así.

Con este análisis se pretende aportar nuevas perspectivas, especialmente vinculadas al determinismo geográfico y al neocolonialismo, que complementen los trabajos realizados sobre el Ártico y la creciente influencia de esta región en el contexto internacional. Por ello las conclusiones de este estudio se articulan en tres puntos presentes en todos los textos y cruciales a la hora de interpretar los planes estratégicos: el determinismo geográfico, el control de las riquezas naturales y la instrumentalización de los pueblos nativos.

Es complicado y poco acertado hablar de determinismo geográfico cuando se atienden cuestiones tan complejas como la política internacional en torno a la región ártica, ya que las causas, desarrollo y consecuencias de estas requieren múltiples variables que pueden alterarla. Sin embargo, la geografía es un factor para tener en cuenta en la planificación de las políticas de cada uno de los estados miembros del CA con respecto a su participación en el mismo. Así, la base sobre la que descansan todos los documentos y el nexo de todos los gobiernos es el respeto a las normas internacionales y la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. Partiendo de esa base, los distintos gobiernos tienen planteamientos diferentes para moverse a través de la legalidad en busca de las mejores opciones.

El principio básico es que se deben respetar las aguas territoriales y las plataformas continentales, al tiempo que se garantice la libre navegación en la región, cuestión que todos están dispuestos a cumplir. Sin embargo, no hay que olvidar que de los ocho miembros del CA, dos han sido grandes superpotencias durante todo el siglo XX e incluso en la actualidad mantienen estatus hegemónicos. Por tanto, cabría preguntarse si la posición de Rusia y Estados Unidos sería la misma si no tuvieran una posición geográfica privilegiada con respecto al Ártico o si hubieran forzado una mayor influencia en caso contrario. China es un ejemplo de esta situación. Como segunda potencia mundial, alejada de la región por una distancia de tres mil kilómetros, sostiene su derecho a participar en su gestión y ha forzado su implicación con una mayor proyección y la firma de tratados bilaterales con países árticos.

Dinamarca y Noruega, situadas en primera línea de las costas árticas, una de manera directa y otra por el territorio autónomo de Groenlandia, defienden sus derechos de explotación aunque no niegan la participación de otros actores, pero su mera pertenencia al CA manifiesta que sus intereses nacionales están por encima del resto de países. Y también Canadá se aprovecha de su geografía pretendiendo el control de la ruta del

Noroeste por atravesar esta el entramado de islas que suponen sus aguas territoriales. China, Japón, Corea del Sur o la UE, mantienen un papel secundario en la gestión y administración del Ártico, precisamente por su posición geográfica. Esta, directamente, niega cualquier posible entrada en el núcleo del consejo, imposible de presionar pues dos gigantes como Estados Unidos y Rusia forman parte de este y defienden sus intereses.

Incluso países del CA como Suecia, Finlandia o Islandia quedan en una situación de desventaja por una cuestión geográfica. Los dos primeros no tienen salida al Océano Glaciar Ártico y son considerados árticos porque están por encima del paralelo 66 y parte de sus territorios están dentro del Círculo Polar. Islandia, una isla orientada y proyectada hacia el norte, está muy por debajo de esa latitud y es considerada un miembro activo del CA, pero no un Artic-5. Por tanto, la variable geográfica, sin caer en el determinismo, es crucial para comprender el posicionamiento de cada uno de los estados analizados y, probablemente, con otras características geográficas, sus gobiernos habrían desarrollado textos diferentes.

Otra cuestión de peso que se refleja en los documentos es que el objetivo principal de todos ellos es el económico. Se habla de medio ambiente, de desarrollo sostenible y de lucha contra el cambio climático, pero cada una de las acciones que vertebran los textos luchan por desarrollar economías más fuertes. La retirada de los hielos a medio y largo plazo posibilita el acceso a nuevas fuentes de recursos naturales como el gas y los hidrocarburos, a grandes bancos de pesca que probablemente se hayan trasladado al norte como consecuencia del cambio climático y a rutas comerciales que ahorrarían tiempo y dinero a estados y empresas. Incluso se habla de un turismo con destino en el ártico. La pregunta que subyace de todo esto, sirviéndonos de la experiencia de nuestro planeta en cualquier región del mundo, es si salvaguardar el medio ambiente y el hábitat está por encima de las ganancias de grandes empresas y de los intereses de los estados. Con toda seguridad, la respuesta es que no y pese a los adornos de los textos y los elocuentes brindis al sol de los gobiernos, el interés económico y comercial está presente en los textos analizados.

Por último, a tenor de los documentos, nos encontramos en una situación análoga al colonialismo del siglo XIX, que bien podríamos definir como neocolonialismo de asentamiento. Cuando los recién creados Estados Unidos necesitaron crecer, se expandieron hacia el este del continente sin mostrar ninguna consideración con los pueblos nativos que habitaban sus tierras. Primero los expulsaron más allá del Mississippi y después los arrinconaron en el medio oeste hasta terminar con todas ellas, sometiéndolas y encerrándolas en reservas. Canadá hizo lo mismo y Noruega o Rusia relegaron a las tierras más pobres e inhóspitas a comunidades indígenas. Pueblos que durante el siglo XX fueron recuperando derechos, pero jamás conquistaron la igualdad con sus compatriotas y que ahora son esenciales para el control del Ártico.

Estadounidenses, canadienses, noruegos, daneses o rusos prefieren asentar sus vidas en zonas donde el rigor del clima no determine sus existencias y más allá del Círculo Polar solo se encuentran comunidades nativas en condiciones socioeconómicas desfavorables, necesarias para crear las bases sociales desde la que poder “conquistar” el Ártico. Cualquiera de los gobiernos analizados, con el objetivo de ampliar sus intereses nacionales, no renunciará a ellos por no afectar a la vida tradicional de grupos minoritarios. Las comunidades indígenas apartadas más allá del paralelo 66 volverán a ser objeto, si es necesario, de una aculturación, de un sometimiento o de una sumisión si con ello se cumplen los anhelos de los países de los que forman parte.

Estas cuestiones, importantes y cruciales para comprender las políticas estratégicas de los países en su proyección sobre el ártico, son solo algunas variables de un problema que se muestra poliédrico y que une, en sí mismo, las complicaciones de toda la humanidad en una sola región: el Ártico.

Financiación

Esta investigación no recibió financiación externa.



Cómo citar este artículo / How to cite this paper

Madueño Álvarez, M. (2024). Planes estratégicos para el Ártico: geopolítica, recursos y neocolonialismo. *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 9(2), 27-42.
<https://doi.org/10.54988/cisde.2024.2.1475>

Referencias

- Arctic Portal Library (2011). Kingdom of Denmark Strategy for the Arctic 2011-2020. (<http://library.arcticportal.org/1890/1/DENMARK.pdf>).
- Bergman Rosamond, A. (2015). The Kingdom of Denmark and the Arctic. In *Handbook of the Politics of the Arctic* (pp. 501-516). Edward Elgar Publishing.
- Bloom, E. (1999). Establishment of the Arctic council. *American Journal of International Law*, 93(3), 712-722.
- Bustelo, P. (2005). El auge de China: ¿amenaza o "ascenso pacífico"? *Boletín Elcano*, (75), 1-6.
- Cánovas Sánchez, B. (2020). ¿Por qué Groenlandia es un factor estratégico en el Ártico?. *bie3: Boletín IEEE*, (20), 582-604.
- Chin, G. (2016). Asian Infrastructure Investment Bank: governance innovation and prospects. *Global Governance*, (22), 11-26.
- Conde Pérez, E. (2022). La política ártica de la Unión Europea en perspectiva geopolítica. *Revista española de derecho internacional*, 74(2), 129-156.
- Conte de los Ríos, A. (2018). El ártico, nuevo telón de acero de la geopolítica. *Revista general de marina*, 274(6), 915-930.
- Del Valle Melendo, J. (2015). El Ártico. Un espacio frágil entre la cooperación y la lucha por la hegemonía. *Pre-bie3*, (4), 29.
- Díaz, A. (2018). La cooperación internacional para la protección del medio ambiente ártico. *Muuch'xímbal Caminemos Juntos*, (7), 7-30.
- Díaz González, J. C. (2018). Las ¿nuevas? estrategias para el Ártico. *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 3(1), 93-103.
- Dodds, K. (2010). A polar Mediterranean? Accessibility, resources and sovereignty in the Arctic Ocean. *Global Policy*, 1(3), 303-311.
- English.gov.cn (2018). China's Arctic Policy. (<https://www.uaf.edu/caps/resources/policy-documents/china-arctic-policy-2018.pdf>).
- Fisas, V. (2019). *Geopolítica del Ártico. La amenaza del cambio climático*. Barcelona (España): Más Madera.
- Flikke, G. (2011). Norway and the Arctic. In J. Kraska (Ed.), *Arctic Security in an Age of Climate Change* (pp. 64-84). Cambridge: Cambridge University Press.
- Holz, H.; Taffer, A.; Miller, A.; DeThomas, B. (2022). Exploring the relationship between China's investment in the Arctic and its national strategy. Center for Naval Analyses. (<https://www.cna.org/reports/2022/01/exploring-the-relationship-between-chinas-arctic-investment-and-its-national-strategy.pdf>).
- López Coca, P.; Morcillo Pazos, A. (2022). Comparativa de las políticas de la UE y de China en el Ártico. *Quaderns IEE*, 1(2), 87-114.
- Mackinder, H. (2010). The geography of the peace. *Real Sociedad Geográfica de Londres*, 1904. Recuperado en Díaz Sanz, M. (Traducción). El pivote geográfico de la historia. *Geopolítica(s)*, (2), 301-319.
- Marcu, S. (2010). Geopolítica fronteriza y migraciones en la Rusia postsoviética. *Anales de Geografía*, (31), 83-106.
- Martínez Laínez, F. (2014). El Ártico. Nuevo espacio de enfrentamiento geopolítico. *Revista Española de Defensa*.
- Mehdiyeva, N. (2020). Strategy for the development of the Arctic zone of the Russian Federation and ensuring national security for the period up to 2035. (<https://www.ndc.nato.int/research/research.php?icode=703>).
- Olabe, A.; González, M. (2008). Cambio Climático, una amenaza para la seguridad global. *Política Exterior*, 175-185.
- Ovalle Barros, M. J.; Salazar Urrutia, M. A. (2016). Análisis geoestratégico de Rusia en los mares descongelados del norte ¿Nuevo escenario de conflictos o de cooperación en el siglo XXI?. *Revista estudios hemisféricos y Polares*, 7(4), 13-39.
- Palacián de Inza, B.; García Sánchez, I. (2013). Geopolítica del deshielo en el Ártico. *Política Exterior*, (154), 88-96.
- Peritore, N. (2010). La política exterior de los Estados Unidos desde la visión de Nicholas Spykman. *Centro Argentino de Estudios Internacionales*.
- Rivas de Hernández, M. (2021). La importancia estratégica del Ártico en la geopolítica marítima. *Revista de Relaciones Internacionales*, (61), 160-183.
- Saiz Álvarez, J. M. (2009). La Organización de Cooperación de Shangai (OCS): claves para la creación de un futuro líder mundial. *Revista de Economía Mundial*, (23), 307-326.
- Sorensen, C. T. N.; Klimenko, E. (2017). Emerging Chinese Russian cooperation in the Arctic. *Instituto Internacional de Investigación para la Paz (SIPRI)*.
- Spykman, N. (1969). The geography of the peace. Nueva York (Estados Unidos): Archon Books.
- The White House (2022). National Strategy for the Arctic Region. (<https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2022/10/National-Strategy-for-the-Arctic-Region.pdf>).
- Government of Canada (2017). Arctic and Northern Policy Framework. (<https://www.rcaanc-cirnac.gc.ca/eng/1560523306861/156052330587>).
- Government.no (2021). The Norwegian Government's Arctic Policy. (https://www.regjeringen.no/en/dokumenter/arctic_policy/id2830120/#:~:text=Norway%27s%20Arctic%20policy%20revolves%20arou)

nd,policy%20converge%20in%20the%20Arctic).

Wang, Y. (2020). A Comparative Study of the Official Use of Arctic Environmental Discourses of China and the EU. The Arctic Institute.